

# PANORAMA DEL CONTINENTE AMERICANO

POR

ANDRÉ SIEGFRIED

**E**XISTEN personalidades continentales de la misma manera que existen personalidades nacionales. Los continentes constituyen unidades geográficas, psicológicas, políticas, y los problemas de nuestro tiempo tendrán que ser enfocados cada vez más desde un punto de vista continental. Puede afirmarse, en efecto, que hay una forma europea, americana o asiática de plantear los problemas y de concebir su solución; hay una forma europea o americana de comportarse, de enfrentarse con los acontecimientos, que corresponde a lo que pudiéramos llamar temperamento. Existen también, y particularmente desde el punto de vista de la guerra, un potencial continental que proviene no sólo de los recursos del suelo, sino también de la manera que tienen los naturales del país de sacar partido de ellos. Cuando se pasa de un continente a otro, la diferencia es tan grande, el contraste a menudo tan sorprendente, que se hace necesario cambiar de medidas, de perspectivas, incluso de vocabulario. Cuando, por ejemplo, se ha cruzado el Atlántico, los términos cambian de sentido y las palabras de los idiomas europeos pueden exponernos a cualquier malentendido. Quiero insistir, por lo tanto, al comenzar este trabajo sobre la sensación de extrañamiento continental que un europeo no puede dejar de experimentar en el Nuevo Mundo.

Monsieur de la Palisse afirmaba que un cuarto de hora antes de su muerte el hombre estaba vivo todavía. Y era un sabio. Por eso será

prudente que practiquemos su método al hablar de América. Digamos, pues, con él—y no lo olvidemos nunca—que América es americana. Si no hablamos de América con un espíritu propiamente americano (en el sentido continental de la palabra), nos exponremos a cometer equivocaciones sobre la naturaleza de todos los problemas americanos. Añadiremos, siguiendo siempre el ejemplo de monsieur de la Palisse, que el nuevo mundo es nuevo. Bajo su forma moderna es una creación nueva de Europa, en un medio relativamente nuevo. Es posible que la civilización india, todavía existente, sea antiquísima, pero los problemas americanos son los de un continente joven, y esta juventud es uno de los rasgos esenciales de la personalidad actual del Nuevo Mundo.

El papel de la historia aparece, pues, aquí unido al de la geografía. La presencia india, que conserva todavía tantos rasgos precolombinos, no debe ser olvidada, y es susceptible, en pleno siglo xx, de un indudable rejuvenecimiento. Pero la población del Nuevo Mundo es una población esencialmente europea: ibérica en América del Sur, anglosajona en América del Norte; sin olvidar la persistencia canadiense-francesa en el Canadá, ni la influencia cultural de Francia en todos los países de lengua española o portuguesa. Así, pues, hay que tener en cuenta los tres factores que entran aquí en juego: un factor geográfico, el del continente americano considerado como unidad geográfica; un factor histórico, el de la influencia europea, y, finalmente, un factor de edad, el de la juventud continental. El juego de estos factores, su importancia respectiva, más o menos grande, domina toda la evolución americana de los tiempos modernos.

\* \* \*

América se explica suficientemente por Europa; pero aunque el Nuevo Mundo haya salido del Antiguo, existe entre ellos un evidente contraste. Para comprender bien a América hay que tratar de antemano de definir a Europa.

Europa es un continente, pero en mayor grado todavía es una civilización que corresponde a una determinada raza humana, la raza blanca occidental, y a un cierto medio geográfico. La civilización europea está caracterizada por un tipo peculiar de relaciones entre el hombre y la naturaleza. Los fundamentos de la civilización europea descansan esencialmente sobre una determinada concepción del conocimiento, sobre una concepción del hombre y sobre una técnica de la producción industrial. El conocimiento europeo, salido de los griegos, reside en el espíritu crítico que juzga, acerca de la objeti-

vidad que observa; este espíritu crítico debe ser considerado, sin duda alguna, como la nota característica del viejo continente. La concepción europea del hombre nos viene de Sócrates y de Jesucristo; aunque el siglo XVIII, siglo de las luces, le haya añadido un indiscutible humanismo político, dicha concepción consiste en considerar al individuo como algo que debe ser respetado en su independencia intelectual y en su dignidad espiritual. Todos estos rasgos son europeos, pero se extienden con importantes matices a la civilización occidental considerada en conjunto y que abarca especialmente América.

Existe, sin embargo, entre los dos continentes una diferencia esencial, ya que la civilización occidental nació en Europa en condiciones especiales: encontró en ella un medio geográfico peculiar, en el cual la Naturaleza está hecha a medida del hombre, y no amenaza nunca con aplastarle. «El hombre es la medida de las cosas», dice el filósofo griego Protágoras, y la observación es fundamental, ya que de esta medida depende toda una concepción de sabiduría, de prudencia, de moderación, de respeto del tiempo, de sentido de las proporciones, que caracteriza al espíritu europeo.

Europa es un continente viejo; no es joven. Su población ha llegado a ser excesiva en relación con sus recursos, que no se han multiplicado proporcionalmente. De aquí se sigue una consecuencia social fundamental, y es que ha llegado a ser más fácil el repartir la riqueza existente que el crear nuevas riquezas. La vida moderna europea gira en torno a este reparto: Se lucha por la conquista de los territorios, que no son precisamente numerosos; se lucha entre las clases sociales, disputándose el poder y con él la distribución de las riquezas. Esta Europa es más revolucionaria que conservadora, aunque tenga tanto que conservar. La crudeza de las luchas nacionales, que desde un punto de vista nacional son verdaderas guerras civiles, es típica de Europa.

Lo que llama la atención, en cambio, cuando se piensa en América, es, no la medida, sino la grandiosidad de la naturaleza. Verdaderamente, la frase de Protágoras de que el hombre es la medida de las cosas, no tiene aquí ya sentido alguno. ¿Cómo hablar de medida, de proporción humana, en presencia del Niágara, de las Montañas Rocosas o de los Andes, del Missisipí o el Amazonas? Hay más parentescos con Asia o con Africa que con nuestra Europa. El contraste de la estructura es sensacional: por una parte, entre nosotros, la articulación; por otra, lo macizo. Por lo tanto, en este continente distinto las relaciones entre el hombre y la Naturaleza que

le rodea son también distintas. Desde el momento en que no hay medida, todo se vuelve excesivo : o bien las cosas resultan demasiado fáciles, y este hecho conduce a la pereza, o, de lo contrario, son demasiado difíciles, y se hacen entonces necesarios métodos excepcionalmente poderosos. Sea como sea, se está siempre en lucha con la Naturaleza, y más que adaptarse a ella, se la conquista. En América del Norte, especialmente, no hay campesinos, en el sentido europeo de la palabra, sino solamente «empresarios de cultivos», que tienden cada vez más a considerar la agricultura como una industria. En América del Sur, el sentido campesino se ha conservado mejor, bien sea a causa del indio o de la población ibérica; pero en general, no existe sumisión a las condiciones naturales del tiempo y de la maduración. Hay prisa, se especula, se quiere que renten ya a su vez los beneficios y los progresos, aun antes de haber sido realizados.

El americano del Norte apenas si tiene una noción del tiempo y del retroceso histórico. El gran periodista inglés Wickham Steed me contaba que, cuando viajaba por California, preguntó a sus interlocutores del país cuál era su recuerdo histórico más antiguo, y le habían respondido :

—*Well*, Tariff Mc. Kinley.

—¿No se acuerdan ustedes de la Guerra de la Independencia? —había replicado Steed. Y le respondieron que «algunos yankees de la parte de Boston pensaban en ella todavía».

—¿Pero y la Guerra Civil, la Guerra de Secesión?—insistía el inglés.

—Oh, algunos negros de la parte de Nueva Orleáns piensan en eso todavía; nosotros, no.

He aquí, pues, un país bien joven, cuyo fondo histórico es bien reducido. Es posible que el recuerdo del pasado sea más vivo en los países de lengua española, y, sin embargo, dan siempre una sensación de juventud.

Desde el punto de vista económico persiste esta misma impresión de juventud. Sigue siendo amplio el margen de recursos disponible y se ofrecen a todos posibilidades de éxitos individuales dentro de la vida social. Se confía en una riqueza que puede resultar del trabajo, o, simplemente, de la especulación, y se conserva la esperanza en que hay más probabilidades de triunfar que de fracasar.

Hay, por lo tanto, un fondo de conservadurismo y un fondo de pacifismo : La conquista de los territorios no significa nada en un continente donde los territorios abundan, y se es anticolonial por-

que los países americanos son todos ellos colonias liberadas de su antigua metrópoli.

Son todas éstas, características de juventud; pero este continente envejece también, como todas las cosas. La naturaleza no proporciona ya ciertos productos en cantidades ilimitadas; las tierras útiles disponibles son cada vez menos numerosas, en especial en los Estados Unidos. Es posible que el período de juventud esté tocando a su fin. Pero, sea como fuere, Europa tiene tras de sí dos mil años de civilización y América cuatro siglos apenas.

Son éstas circunstancias que condicionan toda una psicología. La psicología del americano nos parece muy clara y ante todo fundada en la confianza, en un optimismo innato. Hay, sin duda, una fe americana en el destino del continente americano, con la convicción de que el progreso del hombre americano le está garantizado, que puede contar con el porvenir. La marea, se piensa, sube sin interrupción; en la Bolsa hay alza de valores, y es esta alza, considerada como normal, lo que debe enriquecer. Recuerdo a un millonario americano (los multimillonarios no se habían inventado todavía) que explicaba así su triunfo: Todas las mañanas, al bajar a la ciudad, compro. Todas las tardes, al subir de la ciudad, vendo. Conviene señalar que este optimismo es común a todos los americanos, a los del sur como a los del norte. Y conviene observar también que es propio de ellos. Los otros continentes no participan de un optimismo así, y Europa, que era optimista en el siglo XIX, no lo es ya, y tiene, por desgracia, sus buenas razones para no serlo.

En América el hombre tiene también la convicción de que todo le es posible; el éxito de los *pionniers*, tantos ejemplos de hazañas maravillosas, le han grabado con fuerza esta convicción. Tiene, por tanto, confianza en el progreso, con una gran libertad de espíritu en lo que toca al pasado, con una ausencia total de rutina. Por otra parte, los problemas americanos son mucho más sencillos que los nuestros y el medio ambiente está, por así decirlo, menos abarrotado, lo que facilita singularmente las soluciones.

Esta capacidad de evolucionar, de ir siempre por delante, no carece de peligros. Esas poblaciones, en especial en los Estados Unidos, dan la impresión de no estar todavía fijadas étnicamente: Siguen modificándose, física y moralmente. El americano del norte padece de una especie de nomadismo; está mal arraigado en el suelo, cambia con facilidad de residencia, de profesión, de ocupación. En América del Sur, la persistencia de un fuerte porcentaje de sangre india mantiene vivo, a pesar de todo, un problema racial, de

manera que, en realidad, estas sociedades no están fijadas. No sabemos cómo reaccionarían en presencia de una crisis muy grave. Existe aquí el equivalente de lo que podríamos llamar la aventura americana. Europa, por muy desgarrada que se encuentre, a causa de la guerra y la revolución, conserva en el fondo más estabilidad gracias a sus campesinos, arraigados en la tierra, sometidos a la naturaleza, atentos a sus leyes conforme a una sabiduría secular.

\* \* \*

Al llegar a este punto de nuestro razonamiento, viene a nuestra mente un hecho de extrema importancia y es la unidad física del continente americano. Tiene éste, en conjunto, una personalidad que le distingue del continente europeo, y en cierta medida se opone a él. Antiguo y nuevo mundo son dos nociones que están en contraste. De una parte está la articulación europea, un continente diversificado, que tiende por todas partes a la individualidad de naciones, extraordinariamente diferentes las unas de las otras. De la otra parte, lo que domina es la masa de un continente que el mar no penetra, que no se adelanta hacia el mar por ninguna península. Se me objetará que, a pesar de todo, hay la América del Norte y la América del Sur, la América anglosajona y la América hispana. Puedo responder que las diferencias entre las dos Américas son en el fondo menores que sus parecidos básicos.

Geográficamente, en efecto, las dos secciones del continente son de la misma familia. Latinos y anglosajones pisan el mismo suelo, respiran el mismo aire, actúan, producen e intercambian en el mismo clima económico, reaccionan de la misma manera ante los problemas internacionales. Hay una correspondencia entre las regiones del norte y del sur; las Rocosas y los Andes son las mismas montañas. Las llanuras del noroeste americano son parecidas a las pampas argentinas; el Brasil ofrece un parecido singular con las Antillas y con Luisiana; los fiords de Chile recuerdan los de Alaska. Y también los problemas se plantean de la misma manera en las dos partes del continente; las condiciones de explotación son parecidas, y a pesar de las apariencias, las condiciones de gobierno no son muy diferentes. Por todas partes se necesitan para gobernar personalidades fuertes, y esta necesidad se expresa constitucionalmente en esa institución tan típicamente americana: El Presidente. En Francia tenemos presidentes que presiden; en América hay, por todas partes, presidentes que gobiernan. Las Constituciones americanas no son nunca (salvo en Canadá) parlamentarias; son siempre presidenciales.

Esta profunda semejanza del norte con el sur es el origen de ese

movimiento tan importante que tiene expresión en el panamericanismo. Se equivocan sobre el sentido del panamericanismo quienes lo consideran como una expresión del imperialismo de los Estados Unidos. El panamericanismo representa, por el contrario, el sentido que tienen todos los americanos de sus intereses comunes, que son intereses continentales. Y es un movimiento vivo, precisamente porque supera la preocupación egoísta que puede, en algunos casos, llevar a los Estados Unidos a servirse de él.

El continente americano se extiende de norte a sur, y este eje norte-sur debe ser considerado como esencial, ya que expresa la unidad continental. Concluiremos, por tanto, que en lo específico la geografía une.

Pero ¡atención! Si nos detenemos aquí, el cuadro, parcialmente exacto, resultaría falso, ya que si la geografía une, la historia separa. Y América no es solamente creación de la geografía, sino también de la historia. La América moderna ha sido hecha por la inmigración europea, que la ha poblado de una raza blanca y poderosa, dinámica, creadora, venida a sobreponerse, a veces a mezclarse, a la raza india autóctona. Esta inmigración, que proviene casi toda ella de la raza blanca europea, no proviene, sin embargo, de las mismas regiones de Europa. América del Norte ha sido poblada, en su mayor parte, por anglosajones protestantes, llegados de Inglaterra, de Holanda, de Escandinavia, también de Alemania, y en general por colonos de los países del norte de Europa.

América del Sur, llamada a menudo América Latina o Hispanoamérica, proviene ante todo de España y Portugal, en menor grado de Italia y de países mediterráneos: es, en efecto, latina en el amplio sentido de la palabra.

A causa de esta formación histórica diferente, las dos Américas han desarrollado históricamente dos civilizaciones diferentes. Hay en el norte una civilización anglosajona y protestante (a pesar de las poderosas minorías católicas) y en el sur una civilización latina y católica. El eje no es ya un eje norte-sur, sino un eje este-oeste, y este eje expresa la influencia persistente de Europa sobre América. La influencia en el norte es esencialmente inglesa, hasta tal punto que hasta fines del siglo XIX, la civilización de los Estados Unidos seguía siendo una civilización inglesa, hasta el punto de que hoy día el Canadá, dependiendo todavía de la Commonwealth, vive bajo la égida de la corona británica, con un régimen parlamentario inspirado en Westminster, con instituciones políticas copiadas de la antigua metrópoli. Pero en el sur la influencia es, ante todo, española

y francesa y también romana, por el poder de la Iglesia y por la marca que ésta imprime en los pueblos. En cuanto se llega a Cuba, o bien al venir de Texas, desde que se atraviesa el Río Grande, se entra en una región de civilización española, y un poco más lejos, portuguesa, pero siempre latina. El idioma es el español o el portugués, pero en todas partes las minorías cultas saben francés y están formadas por la cultura francesa. Por este último hecho hay contraste entre el norte y el sur. El norte es más eficaz; el sur, por lo menos en sus niveles sociales superiores, es, sin duda, más culto, y la diferencia corresponde en Europa a la oposición entre el norte y el sur y a la oposición de las culturas anglosajonas y las culturas latinas, de las formaciones protestantes y de las formaciones católicas.

Desde este punto de vista podemos decir fundadamente que la historia representa su papel, un papel primordial en la formación americana; pero que allí donde la geografía sirve de lazo de unión, la historia separa: separa a los anglosajones de los latinos, a los protestantes de los católicos. Podemos afirmar asimismo que bajo este ángulo de la historia y de la influencia histórica, Europa conserva sobre América una influencia que de otra forma no ejercería. Todos conocen la influencia inglesa en los Estados Unidos; pero es indiscutible la influencia francesa o española en América del Sur, sin olvidar la influencia portuguesa.

Aquí se nos plantea un problema: ¿en qué medida van a actuar estos dos ejes, el uno sobre el otro, y cuál tendrá más fuerza a la larga? El destino del futuro lejano del nuevo mundo depende de la respuesta a esta pregunta. El eje norte-sur está inscrito geográficamente en la arquitectura misma del continente, hasta tal punto que los recursos de la política, por muy poderosos que sean, no pueden abolirlo. El eje este-oeste es, por el contrario, circunstancial, artificial; es resultado de movimientos humanos que hubieran podido no existir y que, por otra parte, no se han mantenido. La lucha está planteada entre la geografía y la historia. ¿Cuál de las dos será más poderosa? Si es el eje geográfico el llamado a triunfar, los americanos del norte y del sur irán asemejándose cada vez más. Sus diferencias irán desapareciendo, y el carácter propiamente americano se impondrá sobre el carácter estrictamente nacional. En lugar de ver un argentino en el argentino y un canadiense en el canadiense, veremos, en cada uno de ellos, al americano. El panamericanismo será entonces una realidad, en lugar de ser, como hoy es casi exclusivamente, una ocasión para pronunciar conferencias, llegar a acuerdos y redactar tratados.



Si, por el contrario, es la historia la que se impone, Europa permanecerá presente en el destino de América, y entonces el norte seguirá siendo más anglosajón y el sur más latino que americano. Los lazos entre los Estados Unidos e Inglaterra seguirán siendo íntimos, lo mismo que los lazos entre Brasil y Portugal o entre la Argentina y España. El porvenir de América hay que estudiarlo bajo el signo de esta especie de rosa de los vientos. Como es natural, yo vacilaría antes de pronunciarme sobre la orientación final, pero me siento inclinado a creer que, a la larga, el factor geográfico será el más fuerte. Lo lamento como europeo, pero esto no me impide pensar que la influencia europea es tan fuerte que hará falta mucho tiempo para que desaparezca.

De cualquier manera, la historia, desde hace medio siglo, ha evolucionado tanto, que el continente americano está a punto de tomar la dirección económica y política del planeta. ¿Cuál es su posición en relación con los otros continentes? ¿Cuáles son sus recursos? ¿En qué medida se halla capacitado por sus posibilidades para tomar el puesto en cabeza que le corresponde?

Desde el punto de vista de los recursos naturales, el potencial americano es considerable, infinitamente más considerable que el de Europa. Los recursos naturales son numerosos, diversos; se encuentran allí todas las latitudes, todas las altitudes, todos los climas. Es lo que ha permitido a América, en las últimas guerras mundiales, representar el papel de proveedora de los aliados; sin América, éstos no hubieran podido continuar la lucha y llevarla a feliz término. En cuanto a fuentes de energía, las posibilidades de hulla blanca son ilimitadas; lo mismo ocurre en lo que concierne al carbón, cuya producción representaba, la víspera de la guerra, el 30 por 100 de la producción mundial; en lo que al petróleo atañe, la producción americana representa más de las cuatro quintas partes de la producción mundial. No hay que olvidar que el Canadá produce uranio, este arma poderosa del futuro. América produce asimismo una quinta parte del mineral de hierro, dos tercios del cobre, dos tercios del aluminio del mundo. En cuanto al algodón, la cifra era en 1948 el 53 por 100 de la producción mundial, y aproximadamente la cuarta parte de la lana. A fines del siglo pasado, el Brasil proporcionaba casi la totalidad del caucho natural del mundo; pero más tarde se impusieron las plantaciones de caucho del Extremo Oriente. Pero he aquí que al disponer del caucho sintético, los americanos han reconquistado en este terreno una independencia que amenaza gravemente los intereses adquiridos por los plantadores de Indonesia

y Malasia. En lo que se refiere a los artículos alimenticios, el continente produce alrededor del 30 por 100 de la producción mundial de trigo, más del 80 por 100 de la de maíz, más del 30 por 100 de la carne, cerca de nueve décimas del café, y el azúcar, en proporciones igualmente considerables.

Si tratamos ahora de la industria, nadie ignora que ésta, en los Estados Unidos, se ha puesto a la cabeza del mundo, desde la primera guerra mundial. Todas las industrias están allí representadas y a ellas hay que añadir la industria canadiense, que no es en realidad más que un anejo de su poderosa vecina. Gracias a una reciente evolución, la América latina tiende a su vez a industrializarse y ha cesado de figurar solamente como exportadora de materias brutas. Manifiéstase así un cambio, en especial desde la segunda guerra mundial, que podría modificar considerablemente el equilibrio de las relaciones internacionales. De todo esto se desprende que el continente americano es independiente económicamente; lo es también políticamente, pero ¿seguirá siéndolo militarmente?

\* \* \*

La posición del continente americano en relación con el exterior ha sido tradicionalmente el aislamiento, protegido por las distancias enormes de los grandes océanos. De todas formas, las medidas americanas no guardan relación con las nuestras. Los Estados Unidos tienen ocho millones y medio de kilómetros cuadrados; el Canadá, nueve millones; el Brasil, más todavía. La unidad continental norteamericana llega a los 17 millones de kilómetros cuadrados, cifra tanto más significativa cuanto que la expresión *Norteamérica*, empleada a menudo para englobar a los Estados Unidos y al Canadá, responde a una realidad indudable, desde el punto de vista de la economía, de la civilización, casi de la política. Estas medidas, como puede verse, sobrepasan ampliamente a las de Europa: la superficie de los Estados Unidos es catorce veces la de Francia; Texas, con sus 689.000 kilómetros, es más grande que Francia; California, con 410.000 kilómetros, es tan grande como Suecia. Para hacer comparaciones exactas habría que comparar a Europa entera con los Estados Unidos y a nuestras naciones respectivas con cualquiera de los 48 Estados de la Unión. Las distancias son proporcionales: hay 5.000 kilómetros entre San Francisco y Nueva York; 2.000 kilómetros de la frontera canadiense al Golfo de Méjico; 4.000 kilómetros de una parte a otra del Brasil.

Si pasamos ahora a considerar la población, el panorama cambia por completo: América es un continente poco poblado. La su-

perficie de América es el 30,7 por 100 de la superficie mundial; Europa, continente pequeño, llega todo lo más a un 8,6 por 100. Pero la población americana no es más que el 12,8 por 100 de la mundial, 271.000.000 sobre algo más de 1.200.000.000. Esto significa que la densidad es extremadamente débil, al no alcanzar más que a 6,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Y como consecuencia, este continente de inmensos recursos permanece relativamente poco poblado.

Las distancias intercontinentales son también enormes. Entre los Estados Unidos y Europa hay de 4 a 5.000 kilómetros; y hay de 7 a 8.000 kilómetros entre los Estados Unidos y Asia. Y, sin embargo, a medida que avanzamos hacia el norte, las distancias disminuyen: el gran círculo Los Angeles-Yokohama mide 7.786 kilómetros; en el estrecho de Behring, la distancia entre América y Asia queda reducida a unos cuantos kilómetros. Un hecho nuevo, revelado por la aviación cuando ya era bien conocido por los sabios, es que el arco de meridiano entre Chicago y Calcuta pasa por el Polo Norte; por este lado, el continente americano se encuentra muy cerca de Rusia, ya que entre la Tierra Victoria, en el Canadá y la península de Tamyl, en Siberia, no hay, en línea recta por el Polo, más que 4.000 kilómetros. Asimismo, y es algo que generalmente se ignora, Dakar está más cerca de Pernambuco que ésta de Nueva York. Sea como fuere, lo que domina es la impresión de aislamiento o, por lo menos, dominaba hasta hace poco. El Atlántico, hasta una época reciente, era largo de atravesar. Mi abuelo, en 1830, necesitó cuarenta y cuatro días para llegar a Méjico. Mi padre, en 1861, necesitó diecisiete días para llegar a América, y yo mismo, en 1898, hice un viaje de nueve días, saliendo de El Havre para llegar a Nueva York. En vísperas de la guerra, el trasatlántico *Normandie*, de la Compañía General Trasatlántica, necesitaba solamente cuatro días y medio para hacer la travesía El Havre-Nueva York. Pero todo esto pertenece ya al pasado. El vuelo de Lindbergh, en 1927, aportó una sensacional transformación en el terreno de los transportes: en el trayecto aéreo París-Nueva York no se emplean ya más que catorce horas; mañana, con los aviones de reacción, esta cifra se verá reducida a la mitad.

Las consecuencias políticas y militares son inmensas. América, todavía ayer, se creía al abrigo de cualquier ataque, satisfecha en la seguridad que su aislamiento le proporcionaba; parecía como si la inmensidad del Atlántico formase para ella una barrera infranqueable. Ahora sabemos que este Atlántico se atraviesa en algunas horas, y que las «V-2» o sus sucesoras no conocen límites ni obstáculos. Sa-

bemos también que, sin tener en cuenta el Atlántico, la ruta aérea del Polo Norte puede llegar a ser una ruta de invasión, que las generaciones precedentes no imaginaron siquiera. El aislamiento, por lo tanto, ha dejado de existir, incluso para América, y, sin embargo, desde un punto de vista relativo, le queda al nuevo continente el privilegio de estar, a pesar de todo, bastante alejado de los otros. Sin estar del todo en seguridad, está, por lo menos, bastante alejado de los centros más amenazadores. Este alejamiento relativo no impide que al ocupar una posición central entre los dos grandes océanos haya llegado a ser, en el orden económico y político, el principal centro de gravedad del planeta.

\* \* \*

Henos aquí de nuevo, después de este rodeo, frente al problema que nos planteábamos al empezar: el problema del destino americano. El nuevo continente, convertido en *leader* planetario, es cada vez más responsable de la conservación y de la defensa de nuestra civilización occidental. Allí se la concibe sobre todo bajo el aspecto de la técnica, mientras que en Europa se la había considerado, antes que nada, bajo el aspecto de la Cultura. En esta dirección, el espíritu del occidente podría tal vez modificarse en los años venideros. No es que los Estados Unidos hayan abandonado la tradición humanista y cristiana, que hace del respeto al individuo el fundamento de nuestras sociedades; pero, en general, tienen más en cuenta al individuo productor que al intelectual.

¿Qué piensa de todo esto América del Sur? Se encuentra seducida, como el mundo entero, por los maravillosos progresos técnicos de América del Norte, y desde este punto de vista se declara su discípula. Pero no sin sentir cierta nostalgia de la alta cultura europea, del humanismo occidental, por los cuales, bajo la influencia de España y de Francia, ha sido espiritualmente formada. La lucha de la geografía y de la historia se presenta una vez más: si vence la geografía, la América latina seguirá a los Estados Unidos por los caminos de la técnica. Si la historia conserva su ascendiente, América del Sur retornará, por lo menos en parte, a las tradiciones que la vieja Europa clásica le dejó en herencia.

André Siegfried.  
Academia Francesa.  
PARIS